

sus sienes que sufren y gozan; ni siquiera se ve su cuerpo de curvas perfectas. Lo único que apasiona y que alucina, que domina y que impresiona, es el movimiento rítmico, las actitudes sagradas, lo que no es carne, en fin, sino alma antigua y eterna.

XII

RÉJANE EN LA INTIMIDAD



Réjane en la intimidad.

—A veces de lo que tengo ganas es de enfermarme... No mucho... no. . Nada más que lo indispensable para que los médicos me obliguen á descansar durante un mes... Porque mi ensueño favorito es tener unas semanas de reposo, de pereza, de soledad... ¡Un mes entero!... Le aseguro á usted que saldría corriendo de París y me refugiaría en mi casita normanda, en mi blanca cabaña de la playa, para ver pasar las nubes, oyendo la canción de las olas...

Y la ilustre actriz entorna los párpados, sonriendo á sus visiones campestres.

¡Qué bonita está!

No; en realidad no es bonita. Es algo mejor, algo más raro, algo más admirable. Es lo que en francés se llama *pire*, es decir, *peor*, peor que bonita. Sus facciones no son perfectas. ¡Qué importa! El espíritu las borra y las sustituye con un *conjun-*

to, con una fisonomía exquisitamente agradable, llena de malicia, de ternura, de voluptuosidad, de ingenio, de seducción, de encanto indefinible, de gracia diabólica. Vosotros que la habéis visto en el teatro, decidme si no es cierto que, al cabo de pocos minutos, su naricilla menuda, sus carrillos ajados, todos sus rasgos, en fin, desaparecen para ne dejar sino una mirada y una sonrisa.

Por eso Richepin escribió para ella el papel de la Glú, en el cual se necesita, antes que belleza y coquetería, verdadera perversidad innata.

¡La Glú! Los críticos viejos se acuerdan de aquella velada memorable como de un pecado. La mujer doce veces impura y mil veces cruel, la mujer toda caprichos y toda nervios, la rosa del rosal cárdeno, apareció dominando cual una nueva Salomé, al hombre fuerte y sencillo. «Esta chiquilla —dijo Sarcey— es la encarnación de la crueldad».

Réjane sonríe recordando aquella frase.

—Lo cierto, dice, es que desde el principio de mi vida tuve como una noción inconsciente del modo de hacer sufrir. Mi niñez se empapó en lágrimas y en sangre. Mi madre trabajaba en el Ambigú, teatro de melodramas espeluznantes. Yo iba siempre con ella. Al salir, nos dirigíamos á un café cuyos dueños eran amigos nuestros. El marido golpeaba diariamente á su mujer. Luego estalló la guerra. Yo vi la Comuna y mis pobres ojos conservaron eternamente el espanto de lo que entonces vieron.

*
**

— A la edad de once años, dice, al volver del colegio, me ponía á decorar abanicos; me los pagaban á dos francos veinticinco céntimos la docena.

— ¡Oh la miseria dorada!.. Por no descontentar á nuestros parientes ricos, que no nos servían para nada, no íbamos mamá y yo á buscar el trabajo sino que dábamos veinticinco céntimos por docena á una intermediaria que traía los abanicos y se los llevaba una vez pintados. Así todo el mundo ignoraba... Y podíamos pasar brillantemente vestidas delante de nuestra portera. Afortunadamente cuando cumplí los doce años, una pequeñísima herencia permitió á mamá comenzar á realizar su ensueño de hacerme institutriz. Heme allí, pues, á los quince años, ya de subprofesora en la escuela. ¡Cuarenta francos al mes y el almuerzo! Pero yo no tenía vocación; no, no. Mi pobre mamá tuvo que decidirse á dejarme entrar en el Conservatorio, en donde, para ganar algunos reales, daba lecciones á dos señoritas que tenían un terrible acento bordelés. Yo era á la vez discípula y profesora de este modo. ¡Qué gran emoción la de aquel día en que mi maestra Regnier, después de dejarme recitar una escena sin interrumpirme, me dijo: «...tu serás una gran artista»!

¿Sabe usted en lo que pensé en aquel momento?... Parece mentira... Pensé que el mundo entero veía mi falda demasiado corta y mis botines muy viejos...

* *

La única figura grande y buena que Réjane ve allá en el fondo de sus primeros recuerdos, es la del actor Regnier.

—¡Qué bueno era!—murmura.

Y luego, animada por el cariño, deja correr el caudal de sus anécdotas.

—Mi maestro Regnier—dice—fué quien me hizo aceptar en el Conservatorio y me dió, en 1873, un premio. Parece mentira, pero lo que más me preocupó, antes de presentarme en público, en el concurso, fué mi traje. Mi madre me había hecho una *toilette* blanca, de tarlatana. Pero no tenía guantes, y esto me entristecía, me humillaba, me hacía llorar. Al fin, la mujer de Regnier me regaló un par. Una de mis amiguitas me preguntó si no me pondría alguna joya. Lo único que poseíamos era un guardapelo de hierro... Me lo puse, pero lo cubrí con un ramo de jazmines. Sarcey me vió. Le gusté. Habló de mí. Un empresario, poco después, me dió un empleo en una comedia... Pero, ¡qué mala suerte .!

Réjane sonríe, ya no con la regocijada sonrisa de hace un instante, sino con tristeza.

—La noche de mi estreno—continúa,—en el momento en que yo iba á decir mi primera frase, el actor Carré, que debía con testarme, se puso malo y me dejó plantada en medio de las tablas. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Creí que el mundo entero se hundía. Y de pie, inmóvil, lloré,

hasta que el traspunte me llamó entre bastidores. Allí estaba Regnier que me abrazó para consolarme. Porque en todas partes donde yo tenía necesidad de protección, de apoyo, de cariño, surgía el viejo maestro con sus flacos brazos abiertos. Ahora mismo, en instantes penosos, acudo á su retrato y, viendo su dulce fisonomía, me parece que le oigo de nuevo decirme: «No llores, hijita. ; esta vida no vale la pena de que uno se aflija... Vamos... Una risita para tu viejo amigo...» ¡Ah!... ¡Si estuviese aún vivo, me serviría más que antes. Cuando uno crece en años y en fama, las penas, los trabajos, también crecen. Ya usted ve los procesos en que estamos metidos.

* *

La gran actriz, en efecto, ve ahora la ingratitud de los amigos. Los accionistas del Teatro Vaudeville, que si cobran pingües dividendos lo deben exclusivamente al prestigio de la que todas las noches encarna allí el alma de la parisiense, han entablado un proceso para exigir la devolución de una parte de las sumas cobradas durante este último año por Réjane. «Considerando—dicen—que el director ha ultrapasado sus derechos al dar, como sueldo, á la primera actriz, la mitad de los productos brutos totales, pedimos la restitución, etc.» Pero el director, con razón, arguye que si la Réjane cobra la mitad, es porque produce el total. «Ya lo veréis—dice—cuando la estrella os abandone, para

su gran *tourné* por la América del Sur». Pero los accionistas insisten en reclamar, y se indignan pensando en que la mujer que en 1877 no cobraba sino 9,600 francos al año, perciba ahora unos 1,000 francos diarios. «Con 500 francos por noche—dicen—estaría bien pagada». Pero ella persiste en exigir la mitad.

—De lo contrario exclama—me marcho á otra parte.

* * *

Una de las obras que Réjane se propone representar en su gran *tourné* es la *Bohemia*, de Murger y Barrere.

—No sé por qué—me dice—esta pieza me es tan querida. Tal vez consiste en que la estrené en una época de relativa dicha, allá cuando la embriaguez de los primeros triunfos me permitía ver la vida menos gris de lo que es... ¡Hace veinte años!... Más.. Fué en 1880, en primavera. Aun me veo enloquecida por el exceso de trabajo, corriendo sin cesar de mi casa al teatro y del teatro á mi casa. El papel de Mimi me inquietaba muchísimo. Yo comprendía que era necesario ser sencilla, completamente sencilla. Y esto es mil veces más difícil que ser complicada. Además, la escena de la agonía era una tentación para mí. Siempre me ha gustado morir. Hay papeles más difíciles que me costaron menos trabajo.

Otra comedia que Réjane piensa llevar en su repertorio de viaje, es *Germinie Lacerteux*, de los Goncourt, cuyo estreno, en París, hace quince años, fué uno de los

más ruidosos acontecimientos de la lucha realista. Porel refiere, en una página pintoresca, aquella velada en la cual los silbidos se mezclaban con los aplausos. El actor Antoine, furioso, dice al público: «¡Imbéciles!» Los gritos aumentan. De cuando en cuando dos espectadores se abofetean. Y en el momento en que más borrascosa está la sala, comienza la escena de la *cremerie*. Réjane, sencillamente vestida, entra, entrega el dinero á Jupillon y se aleja murmurando: «No me lo devolverás... lo mismo que siempre». No es nada. Pero hay tal emoción en este vacío, en este dolor nulo, que la sala entera, de acuerdo, al fin, aclama á Germinia.

En su gran *tourné* representará también la célebre *Zazá* y algunas comedias de Donuay y algunas otras de Meilhac.

—De Meilhac, sobre todo—exclama la artista.

Esta admiración se comprende. El dramaturgo recién muerto fué quien mejor supo encarnar en seres de una exquisita gracia, la mezcla de frivolidad y de pasión, de ligereza y de ardor, de mentira y de verdad que anima á la parisiense mundana. Recordad aquella inquietud que en *Decoré* hace que Enriqueta recorra en un instante el camino que va del odio al amor. Recordad á las elegantes, «vendedoras de frivolidades». Recordad la heroína de *Ma Cousine*. Todo en la divina artista, al encarnar la pasión moderna, nerviosa, enfermiza, vibra, sufre, se exalta.

* * *

—¿Y *Lisistrata*?

La actriz me contesta:

—No, eso es demasiado parisiense.

En efecto, sólo en esta ciudad se concibe la libertad de representar una obra que tiene de común con la de Aristófanes el título y las desnudeces.

Pero hay otra comedia, del mismo autor, que Réjane no debe dejar nunca de representar. Es *La Dolorosa*. En ella el alma de amor, de dolor y de vicio, de la mujer que ama y que engaña, aparece chorreando sangre, agonizando de sufrimiento y amando siempre, á pesar de todo, por encima de todo, amando con angustia infinita.

Para mi esta creación y la de *El Lirio Rojo*, de Anatole France, son sus dos obras maestras. Nunca olvidaré la impresión que sentí al verla representar el papel de Teresa, al verla ser cruel y clemente á la vez, al verla llorar entre risas, reír entre lágrimas, al verla multiforme, incomprensible, inexplicable, amando sin saber por qué, odiando sin razón, siendo la mujer febril, la infiel de hoy, de ayer y de mañana, la engañadora de siempre, la adoradora eterna, la que acaricia con la mirada, con la sonrisa, con la voz, la divina muñeca parisiense, en fin, que tiene cabellos de seda, carnes de cera, nervios de acero, ojos de esfinge.

Otra de sus más deliciosas creaciones es

Hora, de Ibsen. Desde aquí la veo yendo y viniendo por su casa de muñeca, siempre activa. Su cuerpo es frágil, pero su alma es fuerte. Desde aquí la veo abrir, de pronto, los ojos ante la luz de las ideas y abandonar á su marido, á sus hijos, para correr en busca de un ideal de libertad humana. ¡Pobrecilla!

—Sí—me dice Réjane,—todo eso es muy lindo. Pero yo creo que en el extranjero lo que más les gusta son las obras de aparato y de intriga. Así en Nueva Orleans, en Montreal, en Boston, en Londres mismo, el público me pedía que repitiese sin cesar *Madame Sans Gêne*.

* *

La crítica seria ha dicho á Réjane:

«—Camináis hacia la monotonía. Representáis siempre el mismo papel. Sois la parisiense irónica, ligera, frívola, elegantemente neurasténica, caprichosa hasta la locura, y tan inconstante, tan inconstante, que da pena pensar en ello. Vuestro tipo es digno de admiración. Pero carece de variedad. Diríase que no disponéis sino de una máscara. En todo caso, jamás os hemos visto representar un papel que no sea vos misma. Tened cuidado. El verdadero artista debe tener innumerables aspectos.»

La artista, siempre cortés, debe de haber sonreído con melancolía al oír tales palabras. Porque, en verdad, nada es tan injusto como decir que carece de variedad.

Encarnando el alma de la parisiense de nuestra época, de la nerviosa, de la endiablada muñeca del siglo xx, de la que, entre los encajes de sus corpiños, esconde el más complicado mecanismo de alma humana, es más variada, más infinita, más multiforme, que sus compañeras, las clásicas damas de la Comedia Francesa. En su tipo, único y eterno, compendia más que el «breve mundo» y el «breve cielo» de Calderón. Compendia la neurosis dolorosa, amorosa, caprichosa, de este tiempo. Es el «breve infierno» de París...

* * *

En la habitación donde la eximia actriz me recibe, hay dos retratos suyos. Uno, pintado por Besnard, representa á la amante plebeya, á la muchacha sensual y cruel, instintiva y ardiente de algunas de sus más famosas creaciones. Es el retrato de la Glú, de Safo, de Nana. El otro, obra de Chartran, es más fino, más mundano. Los ojos admirables refrenan cuidadosamente el ardor brutal de la mirada y los labios contienen las palabras que no deben decirse. Es el retrato de Teresa, de Nora, de Zazá, de la Dolorosa.

—Son imágenes antiguas— me dice.— Además, como sus autores son amigos cariñosos, me han enguapecido. Amabilidad...

La artista sigue hablando unos instantes. Pero yo ya no oigo lo que dice. Sus palabras me interesan ahora menos que su

voz, su voz velada, que no es de oro como la de Sarah Bernhardt, sino de seda; su voz suave, penetrante, sutil, llena de matices finísimos, acariciadora y cantante; su deliciosa voz de amor, de recuerdos, de galanterías y de quejas...